

D. JOSÉ ROSAS Y MORENO.

EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,

Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño,
En el sereno ambiente
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente, que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
Á la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y, orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonces, en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,
Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares,
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento,
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus pies á las naciones,
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
Á la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los *sinsontes* con notas celestiales
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores;
El lamento del mirlo entre las flores;
La querelosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena;
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina,
Que un sol de fuego espléndido ilumina,
Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.

Siempre hallas una voz y una armonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento
Para todos los goces un acento;
Á todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuán conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la armonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo;
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
Á nuestra patria mires
Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares!

LA VUELTA Á LA ALDEA.

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga,
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuán gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado
Que en mi niñez oí!
Al ver de lejos la arboleda umbrosa,
¡Cuán recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso vi pasar,
Y aquí mil veces, al morir el día,
Vine amante después en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sauce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos son:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia
De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
Á mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares
Vine á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuán de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.
Allá la casa donde entrar solía
De mi padre en la dulce compañía.....
¡Y hoy entro en su recinto solo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera
Á Laura vi cruzar,
Y de aquella arboleda la espesura.

Una tarde de Mayo, con ternura,
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
Y un sueño fué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino,
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre las flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido.....
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es ya piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada;
Triste suspira el alma destrozada
Sus ilusiones ya;
Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,

Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río.....
¿Mas dónde está mi fe? ¿Dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores.....
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,
El rumor de los céfiros suaves
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora, como en otros días,
Á Laura sonreir.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro;
Ardiente en vano su piedad imploro;
¡Jamás ha de venir!....

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Salud, ¡oh valle hermoso!
Albergue del placer, donde dichoso,
Entre sueños espléndidos de amores,
Vi deslizarse un día,
Cual se desliza el agua entre las flores,
Los dulces años de la infancia mía.
Valle umbroso, salud: hoy el viajero
Tu abrigo lisonjero

Busca ansioso con ávida mirada,
Bendice la quietud de tus verjeles,
Y reclina su frente ensangrentada
Á la sombra feliz de tus laureles.

Aquí está la montaña, allí está el río;
Allá del bosque umbrío
La silenciosa majestad se admira;
Allí el lago retrata el firmamento;
La fuente, más allá, lenta suspira,
Y agitando los sauces gime el viento.

Allí la cruz está donde inspirado,
El bien del desgraciado
Imploraba con místico cariño,
Elevando á los cielos mis plegarias,
Y estas agrestes rocas solitarias
Las mismas son que amé cuando era niño.

Pero es otro el rocío, otra la brisa
Que hoy el Abril te da con su sonrisa;
Otras las rosas son de encanto llenas
Que brillan entre el césped de tu alfombra,
Y otras, y otras también las azucenas
Que crecen á tu sombra.

Cual las olas que pasan suspirando
Los años van pasando;
Un instante con flores se embellecen,
Un punto brilla su fulgor mentido,
Y al fin se desvanecen
En las oscuras sombras del olvido.

¿Adónde están ahora aquellas rosas
Tan puras, tan hermosas?.....
Están, ¡oh valle! donde está la calma
De aquellos bellos días tan risueños;
En donde está mi amor, gloria del alma,
Y en donde están también mis dulces sueños.

Yo era feliz aquí; yo me adormía
En plácida alegría,
Por la dulce inocencia acariciado,
Sin más amor que tú, sin otro anhelo
Que amar tus flores y cruzar tu prado,

Cantar tus fuentes y mirar tu cielo:

Una tarde las aves se alejaban,
Y al ver cómo volaban,
Sentí el alma agitarse en ansias locas,
Y quise, como el águila atrevida,
Cruzar las selvas, dominar las rocas,
Y aspirar otro ambiente y otra vida:
Y al huracán seguí; y al ver el mundo
Sentí en el corazón horror profundo;
Anhelé las tranquilas soledades
Donde feliz reía,
Y sentí que mi espíritu oprimía
La atmósfera letal de las ciudades.

Gozo y placer busqué, gloria y ventura;
Y sólo hallé amargura,
Inquietudes y afán, tedio y congojas;
Del viento del dolor al soplo ardiente,
Cual de tus bellos árboles las hojas,
Se secó la guirnalda de mi frente.

En vano allí busqué la dulce calma
Y el casto amor del alma:
Sólo en la multitud con mis pesares
Me confundí gimiendo,
Y apagóse perdido entre el estruendo
El tímido rumor de mis cantares.

Esquivando el furor de la tormenta,
Cual ave voy que el huracán ahuyenta,
Y ansioso busco ahora
En tu silencio plácido y tranquilo,
El apacible asilo
Donde al menos en paz el alma llora.

También, ¡oh valle! á marchitar tus galas
La airada tempestad tiende sus alas;
Tus flores huella y con furor se agita
Marchitando sus vívidos colores.....
¡Dichosas esas flores
Que el huracán marchita!

Lejos contemplo ya la infancia mía,
Y muy lejos la tumba todavía;

Oculto afán me mata,
Mi destino en la tierra es muy incierto,
Y lúgubre á mi vista se dilata
Inmenso el porvenir como un desierto.
Sin oír una voz dulce y querida,
Solo estoy en el valle de la vida,
Cual el ciprés doliente
Que en eterno abandono se consume,
Sin guirnaldas de hiedras en su frente,
Sin que le dé una flor grato perfume.
Nadie piensa en mi amor, nadie me mira,
Nadie por mí suspira;
Tan sólo la tristeza
Con mis dolores gime,
Y entre sus brazos trémula me oprime
Y reclina en su seno mi cabeza.
El alma ardiente que en mi afán seguía,
Dulce hermana inmortal del alma mía,
Me niega su ternura,
Y sin oír mi queja,
Insensible á mi amarga desventura,
Sin enjugar mis lágrimas se aleja.
Ya que en vano la llamo cariñoso
Para cruzar con ella el bosque umbroso;
Para contarle amante mi querella
Y dividir con ella mi alegría;
Para soñar con ella
Esta sombra de amor que dura un día;
Á lo menos gozar el alma quiere
En el sueño ideal que nunca muere,
Del infinito anhelo
En que Dios le revela su destino,
La esperanza feliz del bien divino
Con que existen las almas en el cielo.
Aquí morir quisiera
Al rumor de tu brisa lisonjera;
Pero ¡ay! delirio, mi ansiedad es vana,
Y el soplo sigo del destino airado....
¡Quién sabe en dónde me hallaré mañana!

¡Quién sabe en donde moriré ignorado!
Queda en paz, dulce valle, umbroso asilo,
Donde existe tranquilo,
Plácido albergue de mi amor primero.
Ya va el sol ocultando sus fulgores,
Y adiós te dice el infeliz viajero
Empapando en sus lágrimas tus flores.
